

La vida había cambiado. Ya era otro tiempo. Los senderistas decían: los campesinos y los obreros vamos a llegar al poder. Pero llegaron los militares junto con sus perros desde Andahuaylas. Ellos hicieron su base militar en la casa comunal de Chungui y luego organizaron en Defensa Civil a los pobladores y se convirtieron en abusivos, no respetaron a las criaturas, abusaron de las mujeres, también de las profesoras de la escuela.

Salían de patrulla a los anexos y traían a los campesinos con las manos amarradas, como carneros, los golpeaban y los encarcelaban en la base y luego los desaparecían.

Los niños hemos visto, hemos llorado, hemos sentido el dolor. Esos años yo estuve en la escuela, he visto cómo los sacaban de la casa comunal a los detenidos y los llevaban amarrados como animales al río de Chungui, allí los pateaban, los golpeaban con sus armas y los empujaban a esas aguas frías para hacerlos sufrir ahogándolos en el río. Hicieron un pozo en el mismo río y luego los metían a golpes y los sumergían hasta que perdían el conocimiento y así, repetidas veces, los ahogaban, pobrecitos, no podían hacer nada pues estaban con las manos amarradas. Les preguntaban a cada rato: 'Habla, carajo, todo lo que sabes si quieres vivir o te matamos como a perro de mierda'. Les preguntaban: 'Quiénes son terrucos, dónde están las armas, a quiénes mataste'. Cuando ya no hablaban culatazos les tiraban, la sangre se juntaba con el río. Así, varias veces los sumergían al agua y semimuertos los sacaban y los llevaban como a un muerto a la carceleta, después los desaparecían.

Si el río hablase también diría las cosas que pasaron. He visto castigar a dos detenidos en el río. Los militares tenían un inflador, lo llenaban de agua y luego le inflaban con todo el agua por su poto y pobrecito suplicaba a los soldados que le maten y no le maltraten tanto, los soldados se reían, no le hacían caso y le golpeaban, le ahogaban en el río, le preguntaban quiénes eran los terrucos, cuando ya no podía hablar, lo llevaban como a muerto, arrastrándolo, a la carceleta y después no se sabía nada de los detenidos.

Una mañana varios niños hemos visto que los soldados estaban castigando en el río a un detenido, le golpeaban, le pateaban, le propinaban culatazos y le sumergían en el agua para ahogarlo, pero Gaspar era atlético, de dónde habrían salido sus fuerzas, empujó a los soldaditos que le estaban castigando y escapó corriendo, los soldados gritaron: 'Se escapa el preso, se está escapando' y lo siguieron varios soldados, lo capturan baleándolo en su pierna, lo traen como a un animal, arrastrándolo a golpes, luego lo desaparecen".

Al lado de las bases militares siempre existieron entierros clandestinos o los llamados cementerios de los terroristas. Muchos detenidos fueron torturados y asesinados de distintas maneras en esas bases. En Chungui tenemos el lugar llamado Chuschihuaycco y los pobladores mencionan que habría un aproximado de 250 personas enterradas. El lugar es denominado “cementerio de los tucos”:

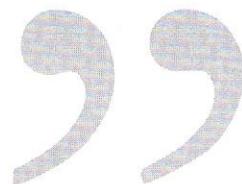
“Los militares siempre traían a los detenidos a su cuartel, los de Defensa Civil también capturaban y los entregaban a los militares y después ya era difícil que los soldados los liberaran.

A mi hermana Rosa la habían detenido los militares en las alturas de Totorá cuando se escapaba junto con sus seis hijos. Su hija mayor se había escapado de miedo. A mi hermana la trajeron detenida a la base militar de Chungui y para que la soltaran rogué llorando al capitán Rivas y la soltó diciendo: ‘Tienen que cuidarse y estar juntas, comido o no comido’. Estuvimos viviendo tranquilas como cinco meses en mi casa de Chungui, luego el mayor Samurái la hizo llamar a la base militar para que cocine para la tropa, sus hijitos van a comer en la base, le dijeron. Pero nunca salieron.

Me enteré que la habían matado en Chuschihuaycco porque su hija se había escapado y la habían capturado. Ella había pedido que su mamá la saque y la tropa había pensado que ambas eran terrucas y dijeron: ‘Deben morir desde sus raíces’. Por eso a mi hermana y a sus seis hijos los mató el capitán Céspedes. Hizo cavar un hoyo con los civiles y luego los mató uno por uno con su revólver abaleándolos en sus cabezas, sin compasión, cuando estaban llorando, mi hermana había dicho: ‘No me mates, padre lindo, no me mates, yo te voy a servir’. Su hijito se había agarrado del soldado diciendo: ‘No me mates, papito, voy a cantarte un cantito’, pero lo tiró al suelo y lo baleó en su cabeza. El ultimito tenía casi un añito y junto con su mamá, ya muerta, se había caído al hoyo y gateaba lleno de sangre, pero Céspedes sin compasión lo había baleado.

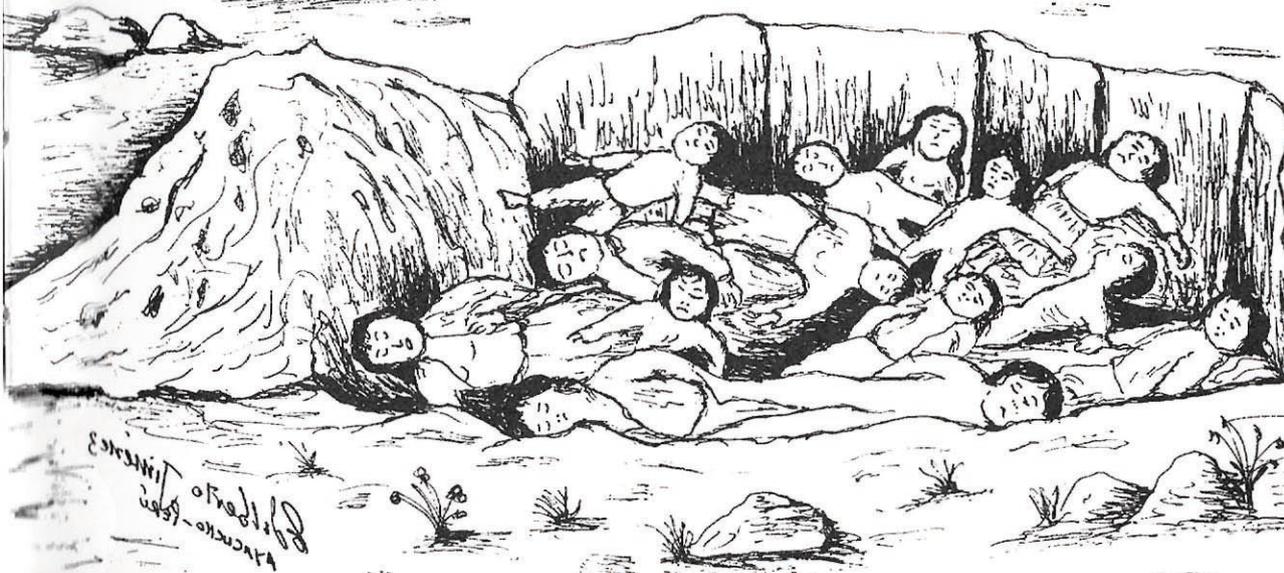
Sabiendo todo lo ocurrido no pude llorar, pues me cuidaban los militares, solamente de noche lloraba y lloraba, y no pude llevar su luto pues estaba prohibido. Si los militares descubrían que llevaban luto por sus difuntos, los mataban.

Solo Dios sabe cuántas almas habrá en Chuschihuaycco. A todos los detenidos los enterraban en este sitio. De día hacían el hueco los civiles y de noche morían los inocentes en manos de los soldados.





¡CUÁNTAS
ALMAS HABRÁ
EN
CHUSCHIHUAYCCO



“Después de instalar sus bases en Chungui, el Ejército y la Policía cometieron muchísimos abusos. Los soldados a veces querían actuar al igual que sus superiores cometiendo abusos contra la gente humilde. El jefe de la base, el mayor y los tenientes los castigaban, entonces existía un malestar con los soldados y se producían desertiones.

De la base de Chungui desertaron dos soldados, estos ni siquiera hablaban quechua y caminaban robando gallinas, pidiendo dinero y violando a las mujeres. Los de Defensa Civil ya estaban alertados para capturar a estos soldados. Habían entrado a la selva de Chinchibamba y en el camino habían quitado una radio a un comunero de Moyobamba. Los de Villavista se organizaron y esperaron a estos desertores, yo estuve presente cuando sorpresivamente aparecieron en el camino los miembros de Defensa Civil, les pedimos que se identifiquen, no quisieron hacerlo, dijeron que eran del Ejército y se pusieron insolentes y nos gritaron diciendo que los dejemos tranquilos, que atrás venía la tropa.

No les creímos y por eso se llegó a aplicar la ley de la selva que es desaparecer a todo insolente. Se les disparó con la retrocarga y así murieron estos soldados abusivos. Uno de ellos quería escaparse herido, lo remataron y lo enterramos en el mismo lugar donde murieron, cerca de Villavista.

Los soldados eran foráneos, no eran de Ayacucho, no sabemos de dónde fueron, ni cómo se llamaban.



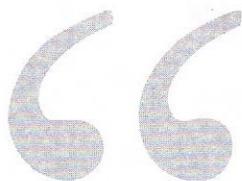


Edi. Mario Jiménez
Aguilón - Perú

SE APLICÓ LA LEY DE LA SELVA

CUANDO SE
QUEDARON
DORMIDOS
NOS
ESCAPAMOS





Sin ropa estuvimos en el monte, sin comida, las enfermedades nos mataban. Nada teníamos. Los jefes nos obligaban a trabajar para ellos, éramos pocos, muchísimos habían muerto en manos de los sinchis, soldados, ronderos y de los compañeros. Muchos eran capturados y llevados como animales.

Yo estuve enfermo, mi cuerpo se paralizaba, no me dejaba caminar y querían matarme, ya no sirve para nada decían. Mi hijo ya estaba en Fuerza Principal, él me ha defendido para que no me maten. Sané con hierbas y cuando estuvimos en monte local de Panto-Chapi, vino nuestro mando Ruso y nos obligó a realizar una acción guerrillera. Nosotros de fuerza de base éramos 28 personas, no estábamos en condiciones de hacer una acción guerrillera, sería para que nos maten.

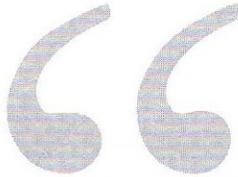
Por suerte, este mando me dejó como responsable del grupo y nos dicen un punto de encuentro y se fue de urgencia a otro grupo local para hacer coordinaciones. Pensé mucho y decidí escapar, era vivir o morir, y difícilmente hice comprender a otros; como 20 personas nos preparamos para escapar.

En horas de la noche mandé a dos personas a vigilar y después, cuando los del Partido se quedaron dormidos, iniciamos nuestra escapatoria solo con nuestra ropita encima y sin nada, avanzamos todo lo que pudimos toda la noche con dirección al río Pampas.

De día, ocultos para no ser descubiertos, y cuando oscurecía, otra vuelta caminar por los montes. Así llegamos al río, como en 8 días, con hambre, descalzos y nuestras ropas rotas. Los que quedaron nos buscaban desesperados, regresaron los mandos senderistas y, al no encontrarnos, habían iniciado la persecución para matarnos. Nosotros llegamos al río e inmediatamente hicimos balsas con troncos y sogas de cabuya, cruzamos en dos días, pues nuestras balsas no eran para llevar mucho peso y uno por uno cruzamos, cuando llegamos a cruzar el río, llegaron los senderistas para matarnos, pero ya estábamos lejos”.



NOS ENTREGAMOS A LOS RONDEROS DE OCOBAMBA



Los de Defensa Civil ya tenían el nombre de ronderos y cada vez eran más asesinos. Llegaban noticias que los ronderos de Andahuaylas eran más humanos que los de Chungui y decidimos presentarnos a los ronderos de Ocobamba. Escapamos de los senderistas más de 20 personas, a duras penas cruzamos el río Pampas haciendo nuestras balsas de tronco en dos días cuando el río estaba caudaloso pues era el mes de las lluvias.

Nuestra peripecia era cómo presentarnos a los ronderos, pensamos, seguro que nos matan. Decidimos amarrar nuestras camisas y trapos blancos en palos y esa era nuestra seña de que éramos inocentes, era nuestra bandera.

Nos vio una persona e inmediatamente montó en su caballo y se fue a todo galope por el camino y nuestra suerte parecía que estaba echada, después de unos minutos aparecieron más de 50 ronderos de Ocobamba todos con sus machetes, hondas y lanzas, listos para matarnos, ellos nos acorralaron y les tratamos de explicar nuestra suerte con las manos arriba y con banderas blancas, las mujeres suplicaban llorando que nos ayuden, nos escapamos de las manos de los terroristas les decíamos, nos miraban de pies a cabeza, estábamos flacos, haraposos, llenos de piojos y con hambre. Por suerte vieron a los senderistas que nos seguían para matarnos, creyeron lo que contamos, nuestra verdad, nos llevan al pueblo de Ocobamba; su autoridad hizo preparar comida y comimos una sopita con sal después de cuatro años.

Les contamos toda nuestra historia. Ellos nos pidieron que les ayudemos en sus quehaceres y pasteamos sus ganados, ayudamos en sus chacras y salimos a vigilar junto con los ronderos, nuestra vida había cambiado”.

Edilberto Jiménez

“No aguantábamos a los senderistas, ya estábamos más de cuatro años, nuestra vida corría riesgo cada día que pasaba, los militares y los ronderos crecían más y más. Los mandos senderistas siempre nos asustaban con matarnos y mataban a los que trataban de huir del Partido. Estuvimos en Monte Local por el lado de Putucunay y cuando estuve durmiendo, como a la medianoche, se habían escapado como 20 personas del comité de base para Apurímac y quedamos 5 personas. Llegaron los de Fuerza Principal, me llevan al monte y me amarran las manos para matarme, uno de ellos dijo que me perdonen la vida pues necesitaban hombres para el trabajo y la guerra; me perdonaron y nos llevan a otro grupo de comité de masa. Todo era muerte, y así nos escapamos en 1986 para Ocobamba-Andahuaylas, cruzando el río Pampas como 20 personas amarrándonos con sogas.

Los ronderos de Ocobamba nos capturaron pero nos entendieron porque habían niños, ancianos y todos con nuestras banderas blancas, nos llevan a su escuela y nos encierran, nos dan de comer y al día siguiente obligan a los *varayoc* a que nos lleven a la base militar de Ocobamba. En el camino nos alcanzaron los soldados y nos preguntan diciendo: ‘Capaz ustedes son terrucos’, y les explicamos que nos habíamos escapado de los terroristas. Nos hacen llegar a la base militar de Ocobamba, con nuestras banderas blancas nos presentamos a los militares, nos miraban, pensamos seguro nos matarán, rezaba calladito, el teniente nos recibió muy tranquilo y nos miró de los pies hasta la cabeza, movió su cabeza y nos dice: ‘Bien, hijos, así deben venir, qué hacían en el monte como animales’. Nosotros le decimos todos: ‘Mi jefe, de noche hemos escapado, los compañeros no nos dejaban, ellos están matando, nosotros somos inocentes, mi jefe’.

Después los soldados, ya formados, nos aplaudían y, siempre agarrando nuestras banderas, hemos estado con nuestras ropas sucias y rotas. El jefe de la base nos preguntó por nuestros documentos, no teníamos, contamos que los habíamos perdido. El médico de la base nos examinó y luego compraron papa, arroz, harina en sacos y nos dieron para preparar nuestra comida. Después nos dijeron que saquemos nuestros documentos en Andahuaylas, entonces nos fuimos para Andahuaylas y logramos sacarlos. Gracias a Dios ya pudimos estar tranquilos con nuestros documentos; trabajamos en lo que pudimos, a todas partes hemos ido. Después regresé en 1992 a mi pueblo de Huallhua. Había extrañado mis chacras, mi casa.

Yo sufría en tierras extrañas, por eso regresé, he sido el primer retornante, Huallhua estaba en medio de montes, no había nada, los caminos estaban llenos de hierbas, solo me miraban los venados y los pajaritos. Yo estuve todavía asustado pensando que alguien pudiera matarme.

”

CON NUESTRAS BANDERAS BLANCAS NOS PRESENTAMOS A LOS MILITARES

